



Domingo VII de Pascua

La Ascensión del Señor

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Lecturas

Hch 1,1-11: *Se elevó a la vista de ellos*

Salmo 46: *Dios asciende entre aclamaciones, el Señor al son de trompetas*

Ef 1,17-23: *Lo sentó a su derecha en el cielo*

Mc 16,15-20: *Subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios*

Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios

En aquel, se apareció Jesús a los Once, y les dijo:

«Vayan por todo el mundo y proclamen la buena noticia a toda criatura. El que crea y se bautice, se salvará, pero el que no crea, se condenará. A los que crean, les acompañarán estas señales: expulsarán demonios en mi nombre, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes con sus manos y, aunque beban veneno, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y éstos sanarán».

Después de hablarles, el Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos salieron a predicar por todas partes, el Señor los asistía y confirmaba la palabra acompañándola con señales.



Palabra del Señor

Subir para servir

La ascensión es bajando

Para muchos, la palabra ascensión expresa una simple aspiración de la ambición: Tener dinero y poder para ser reconocido, aparentar para ser elogiado, subir en la escala social para ser imprescindible, progresar por el camino tortuoso de la corrupción bien sea político que privado. Otros pensarán en la ascensión como la posibilidad de ser considerados dignos de mayor rango o mejor empleo; la superación por el camino del estudio o los efectos de la disciplina y el esfuerzo. Todos estos criterios desconocen el servicio, la solidaridad y dar la vida como posibilidad de una sensata y más humana ascensión sin que esto sea incompatible con otros criterios éticos de ascensión.

Servir es ascender

La experiencia pascual de la ascensión continúa con otros dos hombres vestidos de blanco, como los de la resurrección, que les preguntan a las mujeres por qué buscaban al viviente entre los muertos si ya había resucitado. En los Hechos de los apóstoles los hombres vestidos de blanco dijeron a la comunidad de discípulos: "Galileos que hacen allí parados mirando al cielo; ese mismo Jesús que los ha dejado para subir al cielo, volverá como lo han visto alejarse" (primera lectura).

La fiesta de la Ascensión tiene el incentivo de pensar la vida en términos de servicio para poder ascender. No se trata de una acción vertical, sino del amor solidario que implica bajar; Jesús primero bajo, la cruz, y después subió. La resurrección y ascensional vida de la fe tiene una dimensión hacia arriba que ilumina desde el resucitado en ascensión el sentido de la vida humana. Pero además existe una dimensión hacia abajo que nos interroga ante todas las realidades inhumanas o indignas como nos lo indica la Doctrina Social de la Iglesia.

Muriendo a nuestro egoísmo, bajando en el servicio a los hermanos, sobre todo a los no tenidos en cuenta en nuestra vida, ascendemos. Bajando fue como el resucitado constituyó en la ascensión a unos como apóstoles, profetas, evangelizadores, pastores y maestros para construir la comunidad como su cuerpo de Cristo (segunda lectura).

Para no morir como egoístas

Quienes se han sentido transformados por el don del espíritu recibido en el bautismo tienen la responsabilidad de tocar la intimidad de los demás con ese mismo don. Si el que escucha cree y se bautiza, será salvado de su propio egoísmo; y el que se resista a creer, morirá en su egoísmo (el mismo se condenará). Los que han creído estarán

acompañados por signos emparentados con la resurrección como nueva creación. La ascensión está elaborada no para que tengamos más información sobre Jesús, sino para que tengamos la misma experiencia del resucitado que va al cielo, sabiendo que el cielo es donde está el resucitado. Sin resurrección quedan vacías las apariciones y la ascensión, porque Dios quedaría reducido al pasado y nosotros en manos de la muerte. "En su Encarnación Cristo descendió Él solo, pero ya no subió al Cielo (Él solo). No es que pretendamos confundir la dignidad de la cabeza con la del cuerpo, pero sí afirmamos que la unidad de todo el cuerpo pide que éste no sea separado de su cabeza" (San Agustín).

El papa Francisco explica la Ascensión de Jesús al Cielo

Catequesis del papa Francisco en el Año de la Fe, abril 27 de 2013

Queridos hermanos y hermanas, ¡Buenos días!

En el Credo confesamos nuestra fe en Cristo, que «subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre». ¿Qué significa esto para nosotros? Ya al comienzo de su subida a Jerusalén, Jesús también ve esta otra «subida» al cielo con la que culmina su «éxodo» de esta vida, pero sabiendo que la vuelta a la gloria del Padre pasa por la cruz, por la obediencia al designio divino de amor por la humanidad. También nosotros hemos de saber que entrar en la gloria de Dios exige la fidelidad cotidiana a su voluntad, aun a costa de sacrificios y del cambio de nuestros programas.

El íntimo coloquio de Jesús con el Padre antes de la Pasión nos enseña, además, cómo la oración nos da fuerza de ser fieles al proyecto de Dios. Después, Jesús asciende a los cielos bendiciendo, un gesto sacerdotal para mostrar que, desde el seno del Padre, intercede siempre por nosotros.

Él nos ha abierto el paso para llegar a Dios, y nos atrae hacia él, nos protege, nos guía e intercede por nosotros. Mirar a Jesucristo, que asciende a los cielos, es una invitación a testimoniar su Evangelio en la vida cotidiana, con la vista puesta en su venida gloriosa definitiva.

Nuevo Comienzo

José Antonio Pagola

Los evangelistas describen con diferentes lenguajes la misión que Jesús confía a sus seguidores. Según Mateo, han de "hacer discípulos" que aprendan a vivir como él

les ha enseñado. Según Lucas, han de ser "testigos" de lo que han vivido junto él. Marcos lo resume todo diciendo que han de "proclamar el Evangelio a toda la creación".

Quienes se acercan hoy a una comunidad cristiana no se encuentran directamente con el Evangelio. Lo que perciben es el funcionamiento de una religión envejecida, con graves signos de crisis. No pueden identificar con claridad en el interior de esa religión la Buena Noticia proveniente del impacto provocado por Jesús hace veinte siglos.

Por otra parte, muchos cristianos no conocen directamente el Evangelio. Todo lo que saben de Jesús y su mensaje es lo que pueden reconstruir de manera parcial y fragmentaria recordando lo que han escuchado a catequistas y predicadores. Viven su religión privados del contacto personal con el Evangelio.

¿Cómo podrán proclamarlo si no lo conocen en sus propias comunidades? El Concilio Vaticano II ha recordado algo demasiado olvidado en estos momentos: "El Evangelio es, en todos los tiempos, el principio de toda su vida para la Iglesia". Ha llegado el momento de entender y configurar la comunidad cristiana como un lugar donde lo primero es acoger el Evangelio de Jesús.

Nada puede regenerar el tejido en crisis de nuestras comunidades como la fuerza del Evangelio. Solo la experiencia directa e inmediata del Evangelio puede revitalizar la Iglesia. Dentro de unos años, cuando la crisis nos obligue a centrarnos solo en lo esencial, veremos con claridad que nada es más importante hoy para los cristianos que reunirnos a leer, escuchar y compartir juntos los relatos evangélicos.

Lo primero es creer en la fuerza regeneradora del Evangelio. Los relatos evangélicos enseñan a vivir la fe no por obligación, sino por atracción. Hacen vivir la vida cristiana no como deber, sino como irradiación y contagio. Es posible introducir en las parroquias una dinámica nueva. Reunidos en pequeños grupos, en contacto con el Evangelio, iremos recuperando nuestra verdadera identidad de seguidores de Jesús.

Hemos de volver al Evangelio como nuevo comienzo. Ya no sirve cualquier programa o estrategia pastoral. Dentro de unos años, escuchar juntos el Evangelio de Jesús no será una actividad más entre otras, sino la matriz desde la que comenzará la regeneración de la fe cristiana en las pequeñas comunidades dispersas en medio de una sociedad secularizada.

Tiene razón el papa Francisco cuando nos dice que el principio y motor de la renovación de la Iglesia en estos tiempos hemos de encontrarlo en «volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio».